

Tres grandes crisis

España, siempre más vulnerable a los efectos de una recesión mundial

Emilio Ontiveros
Catedrático de economía de la Universidad Autónoma de Madrid



Drama cotidiano

"Las plataformas antidesahucio facilitan la labor para dar visibilidad a estos dramas tan cotidianos. Hay que llegar a la casa muy temprano, pero hacerse invisible para no interferir en la angustia. Difícil porque son viviendas muy humildes. La imagen capta el momento en el que la familia se entera del aplazamiento de la ejecución. Es ahí cuando estalla toda la tensión contenida".

ÁLVARO GARCÍA,
fotógrafo

TRES CRISIS –QUE SERÍAN CUATRO SI DIFERENCIAMOS LAS DOS SUCESIVAS DESENCADENADAS POR EL INCREMENTO EN LOS PRECIOS DEL PETRÓLEO– ENTRE LAS CUALES NACIÓ 'EL PAÍS': UNA POR DÉCADA. SE TRATA DE DISCONTINUIDADES SINGULARES, MÁS ALLÁ DE LAS INFLEXIONES RECESIVAS PROPIAS DEL CICLO ECONÓMICO. CHOQUES EXTERNOS QUE INTERRUPIERON FASES EXPANSIVAS MÁS INTENSAS QUE LAS REGISTRADAS POR LAS ECONOMÍAS DE NUESTRO ENTORNO. PERO EN TODOS ELLOS LA ECONOMÍA ESPAÑOLA SUFRIÓ CONSECUENCIAS MÁS ADVERSAS, NO SOLO POR SU VULNERABILIDAD DE PARTIDA, SINO PORQUE TAMBIÉN EN TODAS ELLAS LAS RESPUESTAS DE POLÍTICA ECONÓMICA NO FUERON LAS ADECUADAS. LAS CONSECUENCIAS DE LA ÚLTIMA CRISIS HAN SIDO LAS MÁS SEVERAS, DEJANDO COMO HERENCIA MÁS EXPLÍCITA UN NIVEL DE RENTA PER CÁPITA TODAVÍA INFERIOR AL EXISTENTE EN 2007.

En 1973 la economía española culminaba la larga fase expansiva iniciada en los 60, con ritmos de crecimiento muy superiores al promedio europeo. El principal indicador de bienestar, el PIB por habitante, había estrechado la divergencia, pero apenas superaba el 60% del europeo. Aquellos 60 presenciaron los flujos migratorios masivos de trabajadores españoles a los países de Europa. Los ingresos en divisas facilitaron la inserción internacional de la economía y complementaron la diversificación de su estructura sectorial, en un contexto de dinamismo de la economía mundial. Pero la bonanza se interrumpió con la primera crisis del petróleo. Los precios del crudo se multiplicaron por cuatro en noviembre de 1973, provocando una amplia recesión en la economía mundial. El impacto en España fue superior al resto. No solo por la mayor dependencia de las importaciones energéticas, sino por la tardanza en arbitrar respuestas a la misma. El deterioro de la balanza comercial y el repunte de

la inflación fueron dos consecuencias inmediatas. Cayeron intensamente los ingresos del turismo, las remesas de emigrantes y la inversión extranjera. El daño más importante se derivó de la tardanza en adoptar decisiones, como la repercusión de los costes energéticos.

El clima político no favorecía decisiones de ajuste, con lo que los primeros compases de la Transición estuvieron presididos por el peor comportamiento económico en muchos años. Los Pactos de la Moncloa de 1977 contribuyeron a señalar públicamente la posibilidad de diálogo en torno a las prioridades de política económica, algo especialmente relevante en vísperas de la redacción de la Constitución Española de 1978. Cuando apenas se habían digerido los

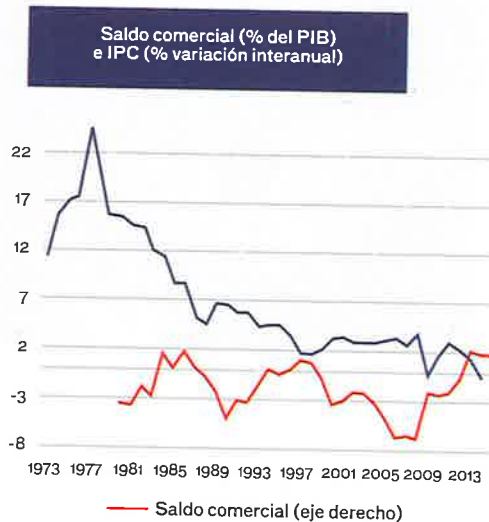
impactos del primer choque, en 1979 tuvo lugar el segundo, originado por el derrocamiento del régimen iraní y la guerra entre Irán e Irak. Los precios se multiplicaron por tres. A los desequilibrios anteriores se añadieron dificultades para la directa supervivencia empresarial. La convergencia real, en renta por habitante frente a Europa, volvió a divergir. La década de los 80 sentó las bases de otra fase expansiva, amparada en la entrada de España en la Unión Europea o la pertenencia al mecanismo de cambios del Sistema Monetario Europeo (SME). El epicentro de la crisis volvió a estar fuera, pero las consecuencias del contagio fueron peores que en otras economías. El verano de 1992 incubó inestabilidad suficiente en Europa para desencadenar en otoño la gran crisis del SME, saldada con

diversas devaluaciones, entre ellas la de la peseta, y el abandono de la disciplina cambiaria de la libra esterlina y la lira italiana.

La crisis llegó tarde a España, amortiguada por la inversión pública de 1992, con la Feria Universal de Sevilla y los Juegos Olímpicos de Barcelona. La severidad de la crisis también marcó diferencias frente al resto de Europa. La exposición a los mercados financieros obligó a varias devaluaciones de la peseta. El desempleo alcanzó el 24%, el déficit público se elevó al 7% del PIB y la deuda pública se situó en el 68%. A partir de 1996 la recuperación quedaba asentada y con ella el inicio de una de las más dilatadas fases expansivas, con ritmos de crecimiento medios del 3,5%. Ese crecimiento, sin embargo, estaría huérfano de productividad, el componente que garantiza una mayor sostenibilidad del crecimiento.

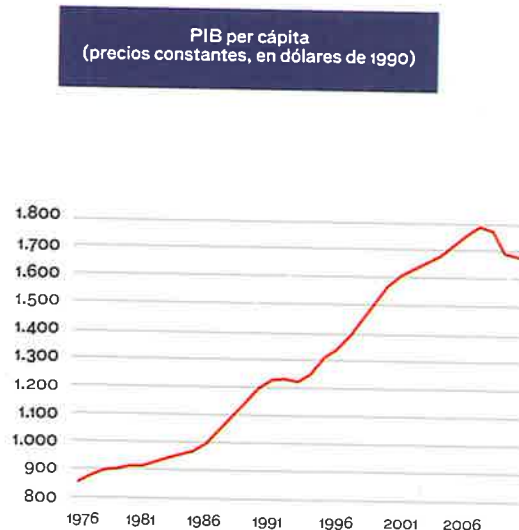
Inflación y balanza de pagos, 1973-2016

La inflación y el desequilibrio exterior han sido durante gran parte de estas cuatro décadas obstáculos importantes para la prosperidad española. El 4 de mayo de 1976, cuando nació El PAÍS, en plena Transición, meses antes de que Suárez formara Gobierno, la inflación crecía a un ritmo anual del 20%, que no cedería hasta años después. La balanza de pagos arrojaba un déficit que provocaría devaluaciones frecuentes de la peseta, una de ellas el mismo año de aparición del periódico.



PIB por habitante y desigualdad desde 2007 a 2015

Pese a las pronunciadas discontinuidades en el ritmo de crecimiento de la economía española, en estos cuarenta años el PIB por habitante, el principal indicador económico de bienestar, no ha dejado de crecer. De forma más explícita lo hizo en la década posterior a la entrada de España en la Unión Monetaria. Ha sido la última crisis la que ha generado un importante retroceso, derivado del elevado desempleo, acentuado por la contención de las rentas salariales. A ello se añade un aumento importante en la desigualdad de la distribución de la renta y de la riqueza.



Crisis financiera en EEUU

Si en esa larga década expansiva fue determinante la integración de la economía española en la moneda única y la confianza asociada a la homologación macroeconómica que exigía, en su interrupción fue también el contagio a la eurozona de la crisis financiera nacida en EE UU la que precipitaría la otra gran crisis en la economía española. Nuestra vulnerabilidad se localizaba en un endeudamiento privado muy elevado, asociado a la expansión de la actividad de construcción residencial e inmobiliaria. Se trataba de un endeudamiento altamente bancarizado. Y los bancos mantenían igualmente una elevada dependencia de la financiación exterior.

La extensión de la inestabilidad financiera a los mercados de deuda pública precipitada por la crisis griega extendió las terapias de austeridad a las economías periféricas en lugar de particularizar desde el inicio el tratamiento de la crisis bancaria en España. Por eso la contracción del crecimiento y la elevación del desempleo fueron superiores al promedio. El paro volvió a marcar máximos históricos y solo después del cambio de política monetaria del BCE, en el verano de 2012, y del rescate del sistema bancario, se inició la normalización financiera. Tras ella vendría el asentamiento de la recuperación del crecimiento y del empleo. Los ritmos de ambos no son, sin embargo, suficientes para restaurar la renta por habitante existente en 2007.

La paradoja que aporta la recuperación actual nos remite al origen de estas notas: en la restauración del crecimiento desde una recesión más pronunciada que el promedio de Europa, la caída en los precios de los hidrocarburos fue esencial. Porque cuarenta años después, la economía española es la más dependiente de las importaciones de esas materias primas y también una de las más beneficiadas de la depresión de sus precios.